

BURNS, William. *Decodificación de quipus*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú y Universidad Alas Peruanas, 2002, 203 páginas.

Los quipus, sistema andino de registro de información basado en el uso de cuerdas, nudos y colores, han sido utilizados por distintos investigadores para demostrar la existencia de escritura en los Andes prehispánicos, por lo general con escasos resultados. Uno de los más recientes intentos a este respecto es el libro objeto de la presente reseña, escrito por el ingeniero textil inglés William Burns. Este justifica su propósito mediante una argumentación empleada con anterioridad por estudiosos con similares fines. Asume como premisa que el elevado desarrollo cultural alcanzado por la civilización andina, ejemplificado en la creación del Tahuantinsuyo, resulta inconcebible sin un sistema de escritura como medio de registro y transmisión de información compleja. De ello se deriva la necesidad de su existencia con anterioridad a la conquista española.

Un razonamiento de este tipo requiere de una previa explicación del concepto de escritura empleado, pues aunque este pudiera parecer de una claridad evidente, en realidad está definido de manera vaga y variable según el contexto de su empleo. Mientras algunos autores lo restringen hasta englobar exclusivamente a aquellos sistemas basados en alfabetos, otros lo amplían para incorporar incluso los pictogramas más primitivos. Si bien Burns no discute explícitamente esta importante cuestión, ya desde la introducción de su libro anuncia su propósito de incluir a los quipus dentro de las más estrictas definiciones de escritura, al considerarlos un sistema fonético, aunque carente de vocales, al modo de los alfabetos hebreo y fenicio. Resulta paradójico notar cómo un autor que anuncia ser el primero en descifrar un código único al punto de que nadie más reparó en él, intenta al mismo tiempo asimilarlo dentro de modelos propios de la cultura occidental.

Pero en el libro no solo se plantea la existencia de un tipo de escritura andina sino de tres: quilkas, quipus y tocapus. Con respecto a las primeras, el autor no aporta mayores pruebas, suponiendo como evidente su equivalencia al concepto castellano de *letras*. Este es un conocido error originado en las traducciones que para esta palabra dan los vocabularios quechuas de los siglos XVI y XVII. Así, por ejemplo, Domingo de Santo Tomás consigna *quillca*, 'letra o carta mensajera', y Diego González Holguín *quellcca*, 'papel carta o escritura'. Sin embargo, al mismo tiempo se le asocian significados vincu-

lados al concepto de pintar, por ejemplo *quellccani*, 'escriuir debuxar pintar' (González Holguín). La explicación más coherente para esta polisemia establece que esta palabra y sus derivados estuvieron asociados a la idea de representación cromática en el quechua prehispánico, pasando a englobar el concepto de escritura tras su introducción por los conquistadores. Es decir, se utilizó un término preexistente para designar una realidad nueva en forma similar a como *illapa* ('rayo') pasó a designar al arcabuz, lo cual no implica suponer su existencia en los Andes con anterioridad a la llegada de los españoles.

En cuanto a quipus y *tocapus*, las pruebas documentales aportadas por Burns remiten fundamentalmente a una única (y tardía) fuente: la *Nueva corónica y buen gobierno*, de Felipe Guaman Poma de Ayala. Es en los *tocapus* de las vestimentas de los soberanos incas representados por el cronista indio donde se encuentra la clave de todas las argumentaciones de Burns al identificarlos como mensajes cifrados en una arcana escritura andina. Para ello supone la existencia de un correlato directo entre estos recuadros geométricos propios de la textilería incaica y los nombres de sus portadores. De esta manera, los cuatro tipos de *tocapus* de los ropajes del primer inca corresponderían a las sílabas MAN-CO-CA-PAC y lo mismo para los otros dos ejemplos consignados: SIN-CHI-RO-CA e INCA-RO-CA. Con el fin de convertir estas equivalencias silábicas en letras asume, sin sustento documental alguno, la existencia de un alfabeto quechua prehispánico carente de vocales, suposición que le permite correlacionar cada tipo de *tocapu* representado en la crónica con una consonante hasta llegar a un total de diez.

Burns no se preocupa por explicar aquellos casos en los cuales sus signos consonánticos equivalen a sílabas de más de una consonante. Por ejemplo, el signo equivalente a MAN (en Manco Cápac) es igual al empleado para SIN (en Sinchi Roca) pero solo representaría a la letra N. ¿Cómo se deduce la primera letra de cada sílaba? Cabe recordar que si bien alfabetos como el fenicio y el hebreo resultan funcionales aún sin emplear vocales, estos sí representan cada consonante, pues de otro modo el número de interpretaciones posibles para cada palabra escrita alcanzaría niveles inaceptables. Ahora bien, el autor sí consigna la equivalencia entre uno de sus signos y una combinación de consonantes, NK, pero esto parece más bien una argucia empleada para el caso de Inca Roca, cuyo nombre contiene cuatro sílabas pero que solo porta tres tipos de *tocapus*. Usando el NK para la palabra completa INKA se salva el inconveniente.

El análisis del alfabeto propuesto por Burns para el quechua plantea otras dificultades. Este consta de diez símbolos que representan

las siguientes consonantes: H, LL/W/Y, M, T, R, S, K/Q, P, N, CH. Nótese cómo un mismo símbolo representa a más de una letra, por ejemplo K y Q o LL, W e Y. Al ser estas distinciones significativas para el quechuahablante, el uso de símbolos polivalentes no hace sino añadir más dificultades al empleo de la escritura propuesta, pues un mismo símbolo podría denotar más de una consonante (LL, W o Y por ejemplo) combinada con una vocal no explícita y quizá con otra consonante más tampoco consignada por escrito. Ciertamente leer con cierta fluidez en un sistema tal resultaría una tarea titánica cuando no imposible.

Para pasar de un alfabeto en tocapus a una escritura en quipus, Burns aventura una nueva suposición: dado que ha descubierto un alfabeto quechua basado en diez consonantes, propone establecer una equivalencia entre estas y el sistema numérico incaico, también de base decimal. Asigna a cada consonante un número del uno al diez en cuyo nombre en quechua esté contenida la dicha consonante. Esta relación puede hacer referencia a la letra inicial del número —por ejemplo al número uno (*Huk*) le corresponde la H—, pero también a una letra intermedia —al número tres (*kiMsa*) se le vincula con la M— y a una letra final —al número nueve (*isqon*) se le asocia la N. Incluso en el caso del número cinco (*pichqa*) no existe vínculo alguno con su consonante equivalente (R), clara evidencia de la arbitrariedad de estas relaciones. Un método similar es empleado para asignar a cada uno de estos números/consonantes un color gracias a lo cual se pueden “leer” de manera fonética las secuencias cromáticas presentes en las cuerdas de los quipus.

Empleando este armazón de suposiciones no comprobadas el autor emprende la decodificación de diez quipus, tarea a la cual dedica buena parte del libro. Llama la atención la ausencia de cualquier discusión en torno al lugar de origen y la probable antigüedad de los ejemplares analizados. Estos datos, aunque difíciles de dilucidar, son de importancia decisiva pues para analizar un texto escrito en alfabeto fonético es necesario conocer el idioma empleado, con mayor razón si se trata de una escritura de tan incierta interpretación como la del sistema propuesto por Burns. ¿En qué idioma se ha escrito cada quipu? ¿En aymara, puquina, quechua u otro? Si está en quechua, ¿qué dialecto ha sido empleado? Los Andes prehispánicos presentaban un complejo panorama lingüístico, cuyas profundas implicancias no han sido tomadas en cuenta por el autor.

Para aquel incauto lector convencido de la verosimilitud de las explicaciones de Burns, las “transcripciones” de quipus presentadas en el libro resultarán una decepción. Aun cuando el autor anuncia la

posibilidad de asentar leyes, historias y poemas mediante cuerdas, nudos y colores, los diez ejemplares analizados son interpretados como censos (4), registros de producción agrícola (3) y compilaciones calendáricas (3), es decir, funciones ya señaladas por quienes consideran a los quipus sistemas mnemotécnicos y de contabilidad pero no un tipo de escritura. Esta es la gran paradoja del libro: todo el esfuerzo desarrollado para demostrar la viabilidad de los quipus como escritura alfabética, solo lleva, en la práctica, a confirmar las mismas interpretaciones de la historiografía tradicional que Burns tanto se empeña en rebatir. En el proceso no ha reparado en manipular las escasas fuentes documentales empleadas ni en realizar juicios y suposiciones carentes de sustento alguno para construir su escritura quechua. Por estas razones, *Decodificación de quipus* no puede ser considerada una investigación académica seria, menos aún una propuesta digna de atención.

Víctor Torres Laca
Pontificia Universidad Católica del Perú